

Juan Ignacio Ferreras

Primicias, frutos y presagios

(laberinto 4-6)

Égloga
Evocación
Ensueño

ACVF EDITORIAL
MADRID

Diseño de la colección:

La Vieja Factoría

Ilustración de cubierta: «La despedida de los adúlteros», dibujo 1043 de Juan Ignacio Ferreras, en montaje sobre «Laberinto», gráfico de La Vieja Factoría.

Editor:

José Ramírez

Edición técnica:

José Miguel García Martín

Primera edición en ACVF: diciembre de 2016

© Juan Ignacio Ferreras, 2014

© ACVF EDITORIAL, 2016

www.acvf.es

ISBN: 978-84-944688-8-9

Impresión digital bajo demanda. También disponible en *eBook*

Primicias, frutos y presagios

(trilogía)

Égloga

En aquel tiempo, había días en los que me levantaba muy temprano, para ver cómo salía el sol detrás de los picos oscuros de los Janos; hacía frío y, en el aire que venía del río, me llegaban los verdes y frescos perfumes de las huertas. Alconiles, la de Melacio, solía salir la primera de su casa camino del río, con un cesto de ropa a la cadera, como si fuera un ánfora griega.

—¿Te acompaño?

—No, déjame, que ya sé yo lo que son tus acompañaderas.

Yo no insistía, la hubiera ayudado a llevar la cesta, la hubiera dejado caer al entrar entre los árboles, la hubiera cogido primero por un brazo, y después hubiera buscado su cara para besarla deprisa, mal y gozosamente; y Alconiles se hubiera defendido entre enfadada y contenta, me hubiera empujado sobre la yerba húmeda de rocío, y yo la hubiera arrastrado conmigo, lo hubiera intentado, sólo intentado, desabrochar la blusa para besar sus pechos, y ella no lo hubiera permitido...

Y Alconiles me sonríe como siempre, pero se aleja camino de las huertas que orillan el río. La última vez... pero no voy a contar ahora las cosas que me dijo Alconiles.

En aquel tiempo, yo me improvisaba poeta ante el amanecer:

Oscuras nieblas
de la montaña
hieren lo verde
con horas blancas,

bruma en el prado
donde las aguas
vuelven espejos
las yerbas pálidas;

el sueño sueña
que despertaba
bajo los cielos
retumba el alba,

canta la alondra
y lo que canta
silba en el aire
como una espada;

rompen las nieblas
rosas y malvas
del sol que llega
primeras lanzas:

guerra de oro
luz de batalla,
sobre lo verde
muerta va el alba.

A veces, cuando lograba despertarme momentos después de que hubieran pasado las ovejas, me levantaba tiritando y corría a la ventana, separaba los crujientes postigos e intentaba adivinar el alba, a través de los empañados cristales. Pero el alba tenía que estar aún lejos, detrás de los altos montes, esperando... esperándome. Me vestía en la oscuridad, me subía el cuello de la cazadora de cuero azul, y con cuidado, para no despertar a nadie de la casa, bajaba escaleras de madera, y abría la puerta de la calle. El aire frío me daba en la cara, me la endurecía y me hacía parpadear.

Salía a la calle y husmeaba el relente del rebaño que acababa de pasar, pero el aire que subía del río borraba pronto aquel vaho a caliente lana. Después, salía del pueblo dormido aún, y recorría lento la carretera en dirección al puerto, iba yo al encuentro del sol y al encuentro del alba.

En aquel tiempo que estoy recordando ahora, invocando ahora, y que ya no sé si lo sueño o lo recuerdo, enciendo un cigarrillo que me sabe amargo, mientras una luz oscura aún, va empujando a la noche más allá del cielo; todo se vuelve plomo, todo: los montes, los árboles, el río, las casas, y yo estoy acechando el nacimiento de los colores, de los verdes y rojos, de los amarillos y almagras, del azul, del triunfal y victorioso azul que sólo vendrá al final.

Pero el plomo parece fundirse con el paisaje, hacerse paisaje también durante largos y temblorosos momentos; después, pero yo no sabría decir cuánto tiempo después, el plomo se vuelve plata oscura, y las sombras se espesan y agrupan, al mismo tiempo que la línea de los Janos se recorta aún más precisa, ante mis ojos, en mi memoria.

Contemplo al árbol, y el tronco se oscurece al mismo tiempo que las hojas se iluminan. Miro al río, y el agua es blanca. Hay un orden, creo, en todas las cosas que amanecen, porque unas nacen a la luz antes que las otras. El agua del río, el cielo, el alto monte, preceden por la luminosa escala, al bosque, al bajo monte, a la ribera.

Pero si el cielo era de plomo y después de plata oscura, ahora, al resplandor de la aurora que incendia un cielo que no veo, la plata oscura se tiñe de rosa, de amarillo, de verde pálido, de cárdeno.

La aurora de rosados dedos tiene la mano ligera y fresca, y crea, como jugando, las sombras de las cosas. Pero detrás de ese resplandor del incendio que no veo, llega el oro del sol que aún tardará en asomar. El color de la aurora, los rosas y los verdes pálidos, los morados lirios, va discurriendo sobre los montes y el río, y en este momento y ya, nace de nuevo el verde; el oscuro verde de los pinares, el esmeralda verde de los brillantes prados, el azulado verde de las aguas del río...

Vuelven los colores, vuelven las sombras de las casas mientras lo rosa huye ante los resplandores del fuego dorado. Y con lo dorado vuelve el azul del cielo, azul blanco en la lejanía, azul rosado aún de la que huye, azul dorado del que está al llegar.

Los Janos, a contrasol, son ahora de nuevo oscuros, pero en su nueva sombra percibo ya la forma verde de los enebros y la forma verde de las encinas y robles; por su crestería, por sus recortadas almenas, revolotean ya las primeras lanzas del sol.

Todo se vuelve dorado, y yo acecho el primer rayo del sol que ha de herirme en los ojos, pero los Janos

están tan altos que es ya de día, y el sol continúa sin nacer y presentarse.

Con el cielo azul y a la sombra de un sol que tardará en salir, vuelve el calor del día o, al menos, se va el frío húmedo de la noche. Ahora, por primera vez, me doy cuenta de que están cantando todos los pájaros, y de que el aire mueve las ramas de los manzanos de las huertas.

Tengo que volver si quiero ver a Alconiles, pero esta vez, en mi memoria, la puerta de la casa de Melacio estará cerrada, y, al volver al pueblo, me encontraré con Argimiro, el de tía Elicia: me verá venir, parará su yunta de vacas y me dirá:

—¿Te has escapado de casa?

Es una frase afirmativa que apenas esboza una interrogación, y yo contestaré en el mismo tono:

—¿No te has despertado todavía?

Nos sonreímos muy levemente; aquí, en la montaña, casi nadie sonríe, creo que nos enseñamos los dientes nada más. Y Argimiro se quedará atrás y yo volveré a casa.

En aquel tiempo, yo era tan joven que escribía todos los días, por la mañana y por la tarde, antes de desayunar o durante la siesta. Tenía yo mucha voluntad y así me veo, ahora, con el ceño fruncido, un ceño vertical y de familia, los labios apretados sobre un libro, sobre un papel, chupando un lápiz y escribiendo, haciendo versos, componiendo una larga novela.

Y ahora tendría yo que transcribir aquí aquella novela de entonces, escrita sobre cuartillas blancas y con una pluma estilográfica que tenía la punta un tanto abierta o «espatarrada», como yo decía. Una novela, además, terriblemente influida por los que yo consideraba

clásicos del regionalismo novelero, y que ahora, que han pasado tantos años y han muerto justamente tantos deseos, no voy a recordar aquí, a fin de que su memoria siga enterrándose un poco más en el polvo que merece.

En esta novela de aquel tiempo, hablaba yo, aunque con nombres supuestos, de los cuatro hijos mozos de tía Elicia: Argimiro, Gonzalo, León y Teófilo; los cuatro grandotes, altones y de barba cerrada, pero los cuatro simpáticos y buenos a carta cabal, y más que buenos, un tanto inocentones, como sostenía su propia madre, tía Elicia.

Contaba yo al por menor los amores de Teófilo con Secundila, la de Ovidio, una moza espigada y de ojos negros, que solía voltear la yerba con tanta fuerza como un hombre. Esta Secundila de Teófilo también me gustaba a mí, no tengo por qué negarlo, y en cuanto la veía pasar en compañía de su padre, camino de las tierras, me iba yo detrás del carro como un perro; me acercaba a Ovidio, le saludaba muy finamente y después me ofrecía para ayudar en la recogida de la yerba; Ovidio se sonreía socarrón y me solía decir que:

—Los de la capital sois unos señoritos, no servís para estas cosas.

Yo aseguraba que los de la capital, efectivamente, eran unos señoritos, pero que yo también era de la tierra y que no había que confundir.

Ovidio se volvía a reír entre dientes, que era su manera de sonreír, e insistía:

—A ti no te veo levantándote a las cuatro de la mañana para ir a regar las patatas.

Yo decía que no, que desde luego habría preferido no acostarme a levantarme a esas horas. Y en este punto solía intervenir la hermosa, porque lo era, Secundila para decir:

—Bueno, padre, ya está bien, deje usted en paz al chico.

Y el chico, que era yo, aunque a veces también me llamaban el rapaz, se acercaba a Secundila para hablar de unas cosas y de otras.

Secundila se reía fácilmente; era seria, como casi todas las mozas de aquí, pero de repente soltaba la risa y entornaba los ojos, y a mí su risa me sonaba a pájaro, a mirlo, para ser más exacto.

Teófilo la cortejaba desde siempre, desde que eran niños y la acompañaba a la fuente de la Barciniella para llenar el botijo, y estos paseos al anochecer eran, y son, los más celestinos que conozco.

En mi novela, claro está, aparecía la fuente con todo detalle, más de tres páginas de terrible descripción realista: que si el caño de metal empotrado en la losa rugosa, que si el prado que enmarcaba la piedra, que si el pequeño charco verdinegro bajo el caño, que si el sabor del agua, que si las sombras del anochecer... todo aparecía en la novela, cuando la verdad era que yo, siempre que había ido a la fuente, y siempre acompañando a alguna moza, no me había fijado en ningún detalle precisamente.

La fuente está como a medio kilómetro del pueblo y el camino es sombreado y estrecho, las ocasiones propicias, el momento delicioso y el aire del anochecer hasta dulce. ¿Qué más se puede pedir?

Teófilo había empezado a acompañar a Secundila camino de la fuente y ahora, en el tiempo actual de mi novela que aquí estoy recordando, Teófilo y Secundila se buscan y se encuentran a todas las horas del día.

Pero es el caso que en la novela, ni Ovidio, el padre de Secundila, ni tía Elicia, la madre de Teófilo, aprueban

estos castísimos y sin duda prometedores amores; y entonces entraba yo en escena como un enamorado sin esperanza de la amada, y acababa por arreglar su noviazgo con Teófilo, porque el amor me empujaba a toda vela; lo cual, si bien se considera, significa que también en nombre del amor se suelen desempeñar ciertos papeles nada recomendables, aunque muy tradicionales y quizás inevitables, y hasta saludables.

Teófilo me busca para hablarme de Secundila; Secundila se deja acompañar por mi modesta persona: he aquí todo el argumento sentimental de mi novela de aquel tiempo.

Desde luego, me gusta Secundila, me gusta su cuello largo y su pelo negro, que lleva recogido por detrás con una cinta; me gustan, sobre todo, su cintura y sus largas piernas; también me gustan sus pechos de niña, pero en ellos no puedo pensar porque, aquí desde lo alto del carro, y tumbado a su lado, tengo que tener presente a Teófilo, que no solamente la ama desde que eran niños, sino que además, y de alguna manera, es primo mío por ser hijo de tía Elicia, que es prima a su vez, aunque segunda, de mi padre.

Los lazos de familia son aquí muy fuertes porque inspiran respeto; el parentesco, por muy lejano que sea, constituye para nosotros como un lazo más o menos sagrado que nadie puede romper; por eso, cuando nos llamamos, a veces nos llamamos con el nombre de nuestros propios padres, al estilo ruso. Y al mismo Teófilo, por ser hijo del difunto tío Arsenio, lo solemos llamar Arsenín; y, de la misma manera, a mí, que me llamo Telmo, me llaman Cayín, porque Cayo es uno de los nombres de mi padre. Y también empleamos el diminutivo del nombre paterno con las mujeres solteras,

y así a Covadonga la llamamos Ramirina porque es hija de Ramiro.

Si Teófilo no fuera primo, ahora mismo, aprovechando la obligada postura placentera del carro cargado de heno, intentaría yo robar un beso a Secundila, que, además, no iba a defenderse demasiado porque su padre anda cerca, delante de la vacas, y puede volver la cabeza en cualquier momento, pero...

En aquel tiempo, yo escribía esta novela que estoy recordando ahora, al volver a casa, después de haber esperado al sol en medio del frío de la mañana; emborrataba yo mis cuartillas siguiendo al pie de la letra un plan que me había trazado: capítulo por capítulo, sinopsis del capítulo, personajes que tenían que aparecer en el capítulo, escenario de la acción y hasta alguna frase suelta que luego yo tenía que introducir en la narración. Porque no sólo tenía yo el ceño vertical y prietos los labios, sino que era muy disciplinado para las que yo llamaba mis cosas, y que eran siempre cosas de literatura.

Un verano pasó aquí un mes una escritora en ciernes que luego degeneró en periodista, y que se llamaba algo así como María del Carmen; yo, al verla todos los días cargada de libros, me hice amigo suyo, aunque era mayor que yo. Hablábamos de literatura; sabía mucho más que yo, claro. Enardecido, me atreví a prestarle una novelilla que yo tenía escrita: una especie de imitación de la Pardo Bazán, con sus marqueses señores y sus campesinas humildes y rendidas; no faltaba naturalmente un cacique la mar de malo, y un par de escopetazos que ponían en peligro la vida de la feliz pareja, porque había una feliz pareja, hermosa, jovencísima, prometedora.